

Domingo 8º. Tiempo Ordinario. Año B

Lectio divina sobre Mt 2,18-22

En tiempos de Jesús, ayunar era una obra piadosa, lógica en los hombres que pretendían presentarse en sociedad como religiosos observantes. De ahí que extrañase lo poco ascético del comportamiento de los discípulos de Jesús: no daban la impresión de ser demasiado fervorosos; hombres religiosos tenían que aparentar mayor rigor de vida. Jesús defiende a los suyos con un símil: no se va a una boda para ayunar; los amigos del novio no hacen luto cuando lo acompañan en el día de su matrimonio. A quien convive con él le está vedada la tristeza. El auténtico ayuno del cristiano es la ausencia de Cristo en su vida. Privarse de su Señor es la privación del discípulo. Lo demás, si no es su efecto, es lo de menos: tanto la alegría, la fiesta, como el luto y el ayuno, no tienen sentido para el discípulo sino en relación con su Señor. La defensa de Jesús libera a los suyos de tener que fingir bondad para corresponder a la imagen que se hace los demás; todo lo que nos proporciona su seguimiento es bueno, porque es consecuencia de la convivencia e intimidad con él. No son las cosas a las que podemos renunciar, sino su persona, a la que no debemos perder, lo que marca la diferencia: sólo ayuna el cristiano cuando pierde a Cristo..., o para no perderlo jamás.

En aquel tiempo, ¹⁸los discípulos de Juan y los fariseos estaban de ayuno. Vinieron unos y le preguntaron a Jesús:

—«Los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayunan. ¿Por qué los tuyos no?»

¹⁹**Jesús les contestó:**

«¿Es que pueden ayunar los amigos del novio, mientras el novio está con ellos? Mientras tienen al novio con ellos, no pueden ayunar. ²⁰Llegará un día en que se lleven al novio; aquel día sí que ayunarán.

²¹**Nadie le echa un remiendo de paño sin remojar a un manto pasado; porque la pieza tira del manto, lo nuevo de lo viejo, y deja un roto peor.**

²²**Nadie echa vino nuevo en odres viejos; porque revientan los odres, y se pierden el vino y los odres; a vino nuevo, odres nuevos.»** “

I. LEER: entender *lo que dice* el texto fijándose en *como lo dice*

Apenas ha salido Jesús airoso de la crítica de unos “escribas de la secta de los fariseos”, que le reprochaban no evitar el comer con publicanos (Mc 2,16), cuando tiene que afrontar una nueva controversia. Esta vez, el motivo no es que él conviva con pecadores sino que sus discípulos no ayunen como los demás. Se le hace responsable, pues, de la ‘falta’ de sus seguidores. Por eso tiene que responder él (quien tampoco ayunaba demasiado, cfr. Lc 7,31-33; Mt 11,16-19).

La respuesta de Jesús es bien curiosa. Responde, primero, ¡con una pregunta! Y añade a continuación dos símiles, que poco tienen que ver con el problema. En realidad, no responde a la cuestión: el ayuno, junto a la oración y la limosna, eran las prácticas piadosas más usuales. No practicarlos resultaba, cuando menos, sorprendente. Jesús responde sin rozar siquiera la cuestión en debate, a saber, ¿por qué a tus discípulos no se les ve ayunar como a los demás? Alude, y con razón, que no se va a una boda para ayudar; los compañeros del novio participan en su gozo; no les toca, pues, hacer penitencia, mientras les dure el novio y su fiesta. La convivencia con Jesús, que es la forma de serle discípulo, tiene esa ventaja: hay que gozar del amigo mientras se le tiene cerca. El ayuno llegará cuando el novio desaparezca. Aunque sólo sugerida, la alusión a la muerte de Jesús es evidente. El ayuno del discípulo no consiste en abstenerse de alimentos, sino en tener que vivir sin su amigo y señor. La ausencia impuesta de Jesús es el auténtico ayuno de sus discípulos.

La doble sentencia – breves parábolas – subrayan la novedad de la vida del discípulo. Como el paño nuevo o el vino nuevo no casan bien con el manto viejo o los odres viejos, así la forma de ser del discípulo tiene que brillar por su novedad, que aquí es vista en neto contraste, simple y pura incompatibilidad, con lo que le ha precedido. Esta es la novedad de la vida del discípulo: no responde a lo que los bien pensantes juzguen, ni vive para contentar a los buenos. Estar con Jesús introduce novedad en la vida del discípulo, quien no encuentra acomodo ya en todo lo anterior, por bueno que sea. Vive para estar con su señor y para disfrutar en su compañía. Cuando Él le falte, le faltará la alegría y las ganas, incluso, de alimentarse.

II. MEDITAR: *aplicar lo que dice* el texto *a la vida*

Podría extrañarnos que el comportamiento de los discípulos de Jesús suscitara reservas entre los hombres más religiosos de su tiempo. Lo malo es que, bien mirado, razón no les faltaba. En tiempos de Jesús, como en nuestros días, es lógico que se espere de cuantos se consideran piadosos una conducta pública adecuada. No parecía ser ése el caso de las personas que vivían en torno a Jesús; al menos, así pensaban los que se creían mejores. Y es que para ser realmente buenos, a los discípulos de Jesús les faltaba algo importante: ayunar lo suficiente. A su juicio, se privaban de bien poco como para poder ser considerados buena gente.

Mal podían abstenerse de comer aquellos hombres que acababan de acompañar a Jesús en un banquete para celebrar la integración al seguimiento de uno de ellos (Mc 2,13-14). Llama la atención que lo primero que hiciera Levi, el publicano recién llamado al discipulado, fuese festejar su cambio de vida con un convite donde logró reunir a su gente con Jesús y los que ya le seguían; había dejado el dinero en la mesa, pero no renunció a los amigos ni la fiesta con Jesús en casa; si tuvo que abandonar el oficio y su puesto de trabajo, no se privó de la alegría ni del banquete. El discípulo de Jesús no tiene por qué dejarse apabullar por las renunciaciones que se le imponen; cierto que tendrá que afrontarlas; pero debe saber gozar de las nuevas posibilidades de vida que le ofrece el seguimiento de Jesús. Seguir a Jesús no implica, necesariamente, vivir mal o de mala gana.

Jesús tuvo que empeñarse a fondo para defender a sus discípulos que no parecían demasiado buenos. Y eso es de agradecer. Fue, en efecto, por defender las libertades de los suyos que Jesús dio la cara y respondió a sus críticos; no tuvo que esperar mucho tiempo: inmediatamente después de la comida en casa de Levi, y tras defender su misión personal - su deber y su derecho - a estar entre pecadores, tendrá que salir en defensa, y por dos veces seguidas, de la libertad de los suyos. Quien le sigue encuentra en él la mejor garantía de su libertad recién estrenada. Quien sigue a Jesús vive libre de tener que aparentar ser bueno. Lo cual no es poco; y, además, es muy gratificante.

El episodio hoy recordado, una ruptura casual del ayuno por parte de sus discípulos, es ocasión para la enseñanza de Jesús. Hay que advertir que se cuestiona una práctica piadosa habitual y que Jesús responderá subrayando que lo nuevo no casa con lo viejo. Su forma de vivir es algo totalmente nuevo; por ello, suscita incompreensión. Jesús es de la opinión de que para ser bueno no hay por qué ser triste; la ascesis no es, sin más, signo de piedad. Lo nuevo, y lo mejor, no es el ayunar o no, sino la razón que lleva a hacerlo u omitirlo: no es posible estar tristes cuando llega Dios a la vida de uno, así como no se va a una boda a privarse de comer.

Es verdad que otros discípulos de otros maestros ayunaban habitualmente. El ayuno no era obligatorio (Lv 16,29), hacerlo era signo de piedad especial. No se nos dicen las razones que tienen los que ayunan; más bien se preguntan por las que puedan tener quienes no lo hacen: lo obvio, pues, es que los buenos ayunen. La pregunta, realizada por quien vive ayunando, establece una contraposición entre dos formas de ser discípulo; y dada la valoración positiva del ayuno en quien pregunta, se percibe cierta sorpresa, si es que no incompreensión, en la pregunta.

Jesús responde con una parábola y exonera a sus discípulos de culpa y sospecha: no es que sus discípulos no quieran ayunar, es que no pueden hacerlo; mejor defensa, imposible. Significativamente, recurre al símil de las nupcias, una imagen tradicional de los tiempos mesiánicos: los invitados al banquete de bodas no pueden dedicarse al ayuno, mientras esté con ellos el novio amigo, su presencia junto a él justifica la fiesta; la presencia del novio les impone la participación en la alegría de la fiesta y en la mesa del banquete.

Jesús asegura, pues, a quien le sigue una fiesta continuada. La vida 'alegre' del discípulo de Jesús queda motivada en la convivencia mantenida con él; de la misma manera que no se va a una boda para ayunar, no se puede estar con el novio y negarse a comer. La motivación, aunque expresada en un símil, es evidente. Vivir con él impide ayunar; vivir sin él, ése será el verdadero ayuno para sus amigos. Ni el ayuno ni el banquete han de ser buscados por sí mismos, porque sean cosas buenas en sí mismas ni beneficiosas para quienes las practican: es el novio, su presencia o su ausencia, lo que da sentido a ambos. La felicidad no la da lo que se pueda comer en una fiesta, como tampoco ocasiona infelicidad no poder asistir a todas las fiestas; es la persona que la ocasiona lo decisivo. Y mientras el discípulo conviva con su Señor, no puede vivir triste: Cristo es la alegría del cristiano. Habría que preguntarnos si, a pesar de defensa tan inmejorable, los cristianos hoy ciframos en Cristo y en su seguimiento nuestra alegría. ¿O no es, más bien, el caso que seguimos aparentando bondad, para no sentirnos libres de toda apariencia mientras seguimos de verdad, y con alegría, a Cristo?

Negar el ayuno durante la boda, no significa negarse en absoluto a ayunar. Aludiendo a los días en que les será arrebatado y no podrá convivir con ellos, Jesús anuncia un tiempo, durante el cual será inevitable el ayuno a sus discípulos: cuando les secuestren al novio, entonces les será imposible la fiesta, y el ayuno, una imperiosa necesidad; como la compañía del novio hace natural la participación en el banquete nupcial, su ausencia deja a los invitados sin gana de pan ni de alegría. El ayuno del discípulo coincide, pues, con la privación de su Señor: el día en que lo perdamos, el día en que nos lo quiten, ayunaremos de alegría y de comida, de fiesta y pan, porque quedaremos ayunos de nuestro maestro. El día en que desaparezca Cristo de la vida de sus discípulos ese será el día del ayuno del cristiano; solos, sin su Señor, a los discípulos le queda vedada la fiesta: sólo ante la pérdida de Cristo no se restaura el cristiano.

La comunidad cristiana ha de vivir con pena la desaparición de su Señor y tendrá que privarse de otras cosas sin que le duelan tanto como le duele la privación de Cristo. No importará tanto si pierde a su Señor por culpa propia o por insidia de los demás; no importa tanto el cómo, sino el qué, mejor quién se nos pierde. El caso es que al auténtico cristiano la pérdida de quien ama le deja sin razones para vivir en paz consigo mismo; no probará comida porque no puede permitirse gozo alguno sin su Señor. Por eso, el recuerdo de su muerte en cruz, lo mismo que sus momentáneas pérdidas por el pecado, han de proporcionarle duelo y pena: privado de Cristo, el cristiano no podrá pensar en alimentarse; haber perdido a su Señor, aunque no fuera de ello culpable del todo, es más insoportable que perderse el pan y la alegría de vivir. Si Cristo significa todavía algo para nosotros, no se ve cómo podemos soportar su destierro de nuestro mundo y su ausencia en nuestras vidas. Si lo tenemos, gozamos con él; si lo perdimos, dolámonos por nosotros: perdiéndolo a El, nos perdemos nosotros.